

# 4A

## Sala de espera

Hace un tiempo me contaron la historia de Celia, una veinteañera que, por su enfermedad, para sus revisiones y tratamiento, visitaba con frecuencia el hospital de nuestra ciudad, conocido como HUF, acompañada siempre por su madre. Una mañana de invierno, la joven tenía programada una pequeña intervención en el hospital que duraría menos de una hora.

Celia además sufría de nervios delicados. Cuando esto ocurría, dormía mal, su dulce carácter se transformaba en un humor de perros, su apariencia física cambiaba, no se recogía el pelo y parecía un auténtico león de la selva, los días difíciles elegía su fondo de armario más oscuro de la cabeza a los pies con gafas de sol, lo único que parecía calmarla era comer chocolate. La cosa que más le alteraba los nervios era las salas de espera.

Y aquella mañana esperaban en una de ellas, el flequillo rizado de Celia subía y bajaba al ritmo de sus bufidos. El banco de sillas se movía al son de sus piernas y pies que inquietos parecían esperar su turno para el baile. Su madre que la conocía, apenas le daba conversación, pasaban el rato como podían, lo mejor era dejarla a su aire.

Celia necesitaba moverse, se levantó y fue hacia la ventana, había un sanitario que miraba el exterior quieto y no se movía, sólo le vio resoplar.

—¿Tú también estás nervioso, ¿verdad? —le sonrió.

—Sí, es mi primer día de trabajo. Intento calmarme. Mi padre me enseñó una técnica, que ya practicaba mi bisabuelo. Cuando te pones nervioso te imaginas una puerta que puedas atravesar.

—Yo espero por una pequeña intervención, estoy nerviosísima. Apenas he dormido.

—Yo antes era como tú. Ahora ya consigo dormir antes de algo importante. Consigo controlar los temidos nervios. ¿Quieres que te enseñe la técnica? —le contó animándola.

—Vale.

—Mi bisabuelo fue soldado y sobrevivió a muchas penurias durante la guerra. Contó a su hijo años después que, para superar el estrés en el frente, se imaginaba atravesando una puerta y al otro lado veía todo aquello que más quería —explicaba mientras observaba las plantas al otro lado del cristal —en el caso de mi bisabuelo lo que veía era a mi bisabuela Pepa cocinando y a sus hijos, y se pasaba así un rato. Sólo observaba, tranquilo, respirando, y al rato se sentía mejor. Mi abuelo se lo contó a mi padre y él a mí, debe ser hereditario lo de sufrir de los nervios en mi familia.

—¿Puedes imaginar lo que tú quieras? —dijo intrigada Celia.

—Claro, lo que te haga sentir bien. Bueno me voy que me estarán buscando, el teléfono no para de sonar. Espero que todo vaya bien, ¿cómo te llamas? —y le guiñó un ojo.

—Celia, y ¿tú?

—Ángel.

Celia tenía la teoría de que las salas de espera eran un limbo donde el tiempo se paraba, donde nada ocurría, donde las personas que esperaban eran invisibles al resto que pasaba de largo.

Escuchó su nombre, le dio un beso a su madre y entró. Siguió las instrucciones que le dieron, se desnudó y entró vestida con la bata azul anudada a la sala de la intervención, un espacio frío, amplio, aséptico, con la luz justa, la mesa de operaciones estaba en el centro con varias máquinas y monitores, mesas llenas de artilugios, todos colocados con un orden impecable. El trasiego de tres sanitarios parecía coreografiado para salir a escena.

—Estoy muy nerviosa —gritó para que todos la oyeran mientras gruñía y resoplaba.

La enfermera que la miraba a través de unas gafas rojas enormes le pidió que se tumbara con una sonrisa. Otro sanitario comenzó a enchufarle cables que la monitorizarían durante el tiempo que estuviera tumbada. Ellos le hablaban para que pensara en otras cosas, pero no funcionaba. La postura en la que la colocaron para la operación era bastante incómoda, así que decidió cerrar los ojos y esperar a que todo acabara cuanto antes. Oyó al médico y comenzaron.

Celia recordó a Ángel y decidió atravesar la puerta mágica, al otro lado la esperaba su madre acariciando a Puski dormido en su habitación. De fondo sus amigas le dedicaban una de sus canciones favoritas en la radio, las echaba de menos. Paseó tranquila mirando sus libros, fotos, sus recuerdos.

Sintió que alguien le tomaba la mano con suavidad, de inmediato sintió un escalofrío por el cuerpo. Una voz como un susurro le hablaba.

—Ya ha terminado Celia, ¿cómo te encuentras? —oyó decirle.

—¿Ya? ¡La puerta ha funcionado! —contestó ensimismada — Estoy bien.

—Vamos a retirar todo para que puedas incorporarte. Te voy a coser y poner unas grapas.

—Vale.

Celia sentía como se movía esa voz dulce, recogía gasas, instrumental y le limpiaba la zona del pecho, mientras le decía palabras que la reconfortaban. Tras el mal trago, sólo aquella voz y el contacto de esas manos la mantuvieron valiente para no llorar allí mismo. Se la imaginó cosiendo y grapando con una precisión al milímetro de las heridas para dejarle la mejor cicatriz del mundo. Haría magia.

—Ya puedes abrir los ojos, Celia.

—¿Cómo te llamas?

—Marisa — le contestó la enfermera con una gran sonrisa.

— Gracias — quería expresarle gratitud por tanto cariño recibido, estaba emocionada. Sentía el calor de su mano sobre la suya.

—¿Por qué?

—Me has ayudado a estar tranquila.

Marisa ayudó a Celia a levantarse y vestirse.

—Enseguida salgo a explicaros el cuidado de la herida para estos días, ¿de acuerdo? — explicó dulcemente.

La madre de Celia se acercó en cuanto la vio salir, el tiempo se hacía eterno mientras esperaba.

—¿Qué tal hija? ¿Estás bien?

—Sí mamá. Ha pasado todo muy rápido. Hoy me han acompañado dos ángeles, ellos me han ayudado, y uno de ellos ha sido la enfermera —la emoción cortaba su discurso —ahora saldrá a explicarnos cosas.

—Claro que sí, hija. Todo irá bien —y la abrazó con fuerza, para contener una emoción que aceleraba sus corazones.